

SOBREVIVENCIA E INMORTALIDAD*

Jean Baudrillard

En el desierto de Arizona se levanta una estructura geodésica de vidrio y metal —Biosfera 2— que reproduce la totalidad de los climas del planeta. En su interior, un grupo de científicos, viviendo en plena autarquía por un período de dos años, se propone investigar las condiciones de sobrevivencia de la especie.

Según Baudrillard, esa imitación que quiere ser Biosfera 2 es, sin embargo, falsamente experimental: sería una sobrevivencia al precio de no vivir ni morir. Habiendo perdido nuestras utopías metafísicas, señala el autor, queremos construir una utopía profiláctica, que resulta ser una simulación mucho más destructiva que la ilusión del alma. Por todas partes se quiere alcanzar y disponer de la totalidad de lo real. Pero no debemos hacerlo (bajo pena de muerte), porque entonces agotaríamos su potencia metafórica y su capacidad de ilusión.

JEAN BAUDRILLARD. Filósofo y sociólogo. Nació en Reims, Francia, en 1927. Autor de *La transparencia del mal*; *América*; *La seducción*; *La Guerra del Golfo no ocurrió* y *La ilusión del fin o la huelga de los acontecimientos*.

* Traducción al castellano de la conferencia pronunciada el 16 de marzo de 1993 en el Teatro Municipal de Santiago.

En pleno desierto de Arizona se levanta una estructura geodésica de vidrio y de metal que alberga todos los climas del planeta; ocho seres humanos (cuatro hombres y cuatro mujeres) viven allí, en total autarquía y circuito cerrado, para explorar durante un período de dos años —ya que no se puede cambiar la vida— las condiciones de sobrevivencia de la especie.

El océano, la sabana, la selva virgen reconstituida en miniatura, vitrificados y congelados bajo su burbuja experimental, son cosas que corresponden a un tipo de alucinación muy americano. Diseñado a imagen y semejanza de Disneylandia, Biosfera 2 no es una experiencia, sino una atracción experimental. Lo más sorprendente consiste en haber reconstituido en pleno desierto natural un fragmento de desierto artificial. Desierto artificial en el que no hay escorpiones ni indios que exterminar, sino simplemente cosmonautas en aprendizaje de sobrevivencia: el primer jardín zoológico de la especie humana en vías de desaparición.

A la promiscuidad artificial de los climas corresponde la inmunidad artificial del espacio: eliminación de toda generación espontánea (gérmenes, virus, microbios), purificación automática del agua, del aire, del ambiente físico, como también del ambiente mental, purificado por la ciencia. Y a la vez corresponde la eliminación de toda reproducción sexual: en Biosfera 2 hay prohibición de reproducirse; porque incluso la contaminación de lo viviente es peligrosa, ya que la sexualidad puede alterar la experiencia.

Aquí todo está concebido con la misma abstracción que un cerebro. Biosfera 2 es a Biosfera 1 (el conjunto de nuestro planeta y el cosmos) lo que el cerebro es al ser humano en general: la síntesis en miniatura de todas sus funciones y operaciones posibles: el lóbulo desierto, el lóbulo selva virgen, el lóbulo agricultura alimentaria, el lóbulo residencial, todo esto cuidadosamente distinguido y yuxtapuesto según el imperativo analítico. Pero todo esto es, en realidad, perfectamente retro en relación a todo lo que se sabe hoy día del cerebro; es decir, sobre la plasticidad, la elasticidad, el encadenamiento reversible de todas sus operaciones. Hay, entonces, detrás de esta modelización arcaica de apariencia futurista, un gigantesco error hipotético, una extraordinaria idealización condenada al fracaso.

De hecho, la “verdad” de la operación está en otro lugar y nos es presentada cuando se vuelve desde Biosfera 2 a la América “real”, como cuando se emerge de Disneylandia hacia la vida real; porque, de hecho, el modelo imaginario o experimental no es en absoluto distinto del funcionamiento real y actual de esta sociedad. Del mismo modo que toda América está construida a imagen y semejanza de Disneylandia, así también el

conjunto de la sociedad americana persigue, en tiempo real y a cielo abierto, la misma experiencia que Biosfera 2; que por lo demás es falsamente experimental, así como Disneylandia es falsamente imaginaria. Por una parte asistimos al reciclaje de todas las sustancias, a la integración de los flujos y de los circuitos, a la no contaminación, a la inmunidad artificial, el equilibrio ecológico, la abstinencia controlada y el goce bajo control; pero tenemos a cambio derecho a la sobrevivencia y conservación de todas las especies, no sólo vegetales y animales sino también sociales: mujeres, niños, negros, homosexuales. Finalmente, de lo que se trata es de asumir formalmente todas las categorías, de modo que el derecho a la sobrevivencia consagre el cese de la selección natural.

Generalmente se considera que la obsesión por la sobrevivencia es una consecuencia lógica de la vida misma y del derecho de vivir. Pero la mayor parte de las veces ambas cuestiones son contradictorias. Por una parte, la vida no es una pura cuestión de derecho, y, por otra, en la prolongación de la vida está la muerte y no la sobrevivencia, que es artificial. Sólo al precio de no vivir, de no gozar, de no morir, el hombre adquiere la certeza de sobrevivir. Al menos en las condiciones actuales, en el entendido que las condiciones actuales son las que perpetúan el principio de la biosfera.

Este micro-universo intenta exorcizar las condiciones de la catástrofe haciendo la síntesis artificial de todos sus datos. En la óptica del *survival*, del *recycling*, del *feed-back*, de la estabilización y metaestabilización, los datos de la vida son sacrificados en beneficio de la sobrevivencia (eliminación de los gérmenes, del mal, del sexo). La vida real, que tiene a lo menos el derecho a desaparecer (¿o acaso existe tal vez un límite paradójico a los derechos del hombre?), es sacrificada por la sobrevivencia artificial. El planeta real, supuestamente condenado, es reducido de antemano a su clon miniaturizado, climatizado (es el caso de decirlo: todos los climas de la tierra son naturalizados y sometidos a la climatización) y destinado a vencer la muerte mediante la simulación total. Si antes se embalsamaba a los muertos para la eternidad, hoy día se embalsama a los vivos en la sobrevivencia. ¿Esto es lo que debemos esperar? ¿Es necesario que, habiendo perdido nuestras utopías metafísicas, tengamos que construir esta utopía profiláctica?

¿A qué corresponde esta especie que abraza la loca pretensión, no ya de superarse en virtud de su inteligencia natural, sino de sobrevivir física y biológicamente en virtud de su sola inteligencia artificial? ¿Acaso existe una especie destinada a escapar de la selección natural, de la desaparición natural, de la muerte? ¿Resulta verosímil la hipótesis, que se perfila en los

últimos escritos de Darwin, acerca de una especie humana seleccionada, por decirlo así, para poner fin a la selección natural, a la eliminación natural de las especies (efecto reversivo), logrando el golpe de fuerza de sobrevivirse indefinidamente, asegurando a la vez la sobrevivencia de las especies existentes, no sin antes haber contribuido a hacer desaparecer un buen número de ellas? ¿De qué espíritu de contradicción cósmica proveniría esta inversión? ¿De qué reacción vital vendría la idea de sobrevivir a cualquier precio? ¿De qué anomalía metafísica vendría el derecho a no desaparecer; contrapartida lógica a la formidable suerte de haber aparecido?

Nos oponemos a toda tentativa de eternalizar la especie, no de immortalizarla en sus acciones, sino de eternalizarla a través de este coma “lifiteado” en el féretro de vidrio de la Biosfera. De todas maneras, se puede pensar que esta experiencia —como toda tentativa de sobrevida artificial, de paraíso artificial de la especie— es ilusoria, no tanto por algún tipo de falla técnica que pudiera sobrevenir, sino por su principio mismo. Felizmente ella está amenazada, a pesar de sí, por los mismos accidentes a que está sometida la vida real. Esperemos que el universo aleatorio del afuera venga a quebrar este féretro de vidrio y rescute a Blanca Nieves. Cualquier accidente será bueno para arrancarnos de la euforia científica sometida a perfusión.

Biosfera 2 es el mejor ejemplo de lo que la especie humana es capaz de infligirse. Es el primer jardín zoológico donde ella viene a contemplar su sobrevivencia, como antes iba a ver copular a los monos; donde se domestica a sí misma mediante técnicas de subordinación colectiva; donde se somete a los mismos rituales que los insectos, a las mismas técnicas controladas de reproducción que los protozoos; donde se inflige a sí misma igual destino bio-genético (filo u ontogenético) que ha hecho sufrir a los demás, llegando al punto de no pensarse ya como diferente de ellos, pese a su supremacía; tratándose a sí misma como una especie explotable cuyo destino es su propio embrutecimiento y aniquilación. En este terreno, todos los progresos que ha realizado y con los que ha hecho sufrir a los demás han tenido sobre ella misma un efecto reversivo. Si bien se ha erigido en guardiana de las especies condenadas, a través de sus zoológicos, de sus museos, en sus reservas y en sus laboratorios, es ella misma quien se considera una especie condenada, vigilando ansiosamente cuál será su destino biosférico.

El hombre ha dejado de tener prejuicio: se considera a sí mismo como cobaya, igual que el resto del mundo, viviente o inanimado. Juega alegremente con el destino de su propia especie de la misma manera que lo

www.cepchile.cl

hace con el resto de las especies. En su ciega voluntad de saber cada vez más, programa su propia destrucción con la misma desenvoltura y la misma ferocidad que los otros. Y, en este sentido, no se le puede acusar de egoísmo superior. Es él mismo quien se sacrifica como especie en aras de un destino *experimental desconocido*; desconocido, en todo caso, para las demás especies que no conocían más que un destino natural. Y mientras este destino natural parecía vinculado a algo así como un instinto de conservación —que durante tanto tiempo contribuyera a mantener los días felices de una filosofía natural de los individuos y de los grupos—, este destino experimental, esta prefiguración científica de su propia desaparición hacia la que se dirige la especie humana a través de medios increíbles y artificiales, ha terminado por eliminar todo instinto de conservación. Por lo demás, ya ha dejado de ser un tema que interese a las ciencias humanas. En verdad, éstas parecieran ocuparse más bien de la pulsión de muerte. A tal punto que esta desaparición del campo del pensamiento señala que, detrás de un frenesí ecológico de preservación —que tiene mucho de nostalgia y de remordimiento—, la tendencia que ha terminado por imponerse es la del sacrificio de la especie en beneficio de una experimentación sin límite.

Doble movimiento contradictorio: el hombre es el único de todas las especies que apunta a construir su doble inmortal, una especie artificial sin precedente. Mediante la sobreselección artificial la especie humana pretende alcanzar no sólo el privilegio absoluto de un alma o de una conciencia, sino también el privilegio de la inmortalidad artificial de las prótesis y de los clones, poniendo fin al mismo tiempo a la selección natural, que implicaba la muerte de cada especie según la ley de la evolución. Poniendo fin a la evolución de todas las especies, incluyendo la propia, contraviene la regla simbólica y se hace verdaderamente merecedora de esta desaparición. Y es probable que este sea el destino que ella prepara, por vía indirecta, en la medida que en su orgullo de poner fin a la evolución, lo que en verdad inaugura es la *involución* de su propia especie, incluido el *revival* de formas inhumanas (biogenéticas), perfilando un efecto reversivo que contraría toda visión ideal o “científica” de la especie.

La idea, escrita en filigrana en los textos de Darwin, de que la selección natural conduce a una especie (la humana) capaz de trascender moralmente la selección natural, es ilusoria y aparente. La especie humana, al apuntar hacia la inmortalidad virtual (técnica) y asegurar una perpetuidad exclusiva por proyección en los artefactos, está perdiendo su inmunidad propia, su especificidad. Al immortalizarse *en-tanto-especie-inhumana*,

lo que hace es abolir en ella la inmortalidad de lo viviente en provecho de la inmortalidad de lo muerto. En definitiva, lo que hace es inmortalizarse como neutralidad, es decir, ni siquiera en términos de especie viva, sino como grado cero de una especie viva, como artefacto operacional que no obedece siquiera a la ley de las especies, sino a la ley de las especies artificiales, cuya mortalidad es quizás más rápida todavía. Transitando por los caminos de lo artificial, que se supone debieran asegurarle una sobrevivencia indefinida, la especie humana se precipita aún más rápido a su fin.

Mientras más simule su reconciliación con la naturaleza, la especie humana estará menos reconciliada consigo misma. Más allá de las violencias que ésta ejerce, existe una violencia propia a la especie humana en general, una violencia de la especie ejercida contra sí misma, en la que ella se trata a sí misma como sobreviviente residual de una catástrofe que no tarda en llegar; como si la especie humana estuviera ya preparada para arrepentirse de una evolución que la ha conducido al extremo de un privilegio de este tipo. Es la misma coyuntura, según Canetti, de la superación de nuestra historia; sólo que aquí no se trata únicamente de la historia, sino de la superación de un punto más allá del cual *ya nada es más humano ni inhumano*, y lo que está en juego, mucho más vasto todavía, es la irresolución de la especie en el vacío.

Es posible que en este proceso la especie misma comprometa su propia desaparición, ya sea por desencanto o por resentimiento consigo misma, ya sea porque tome deliberadamente el camino de su propia destrucción y se vea obligada a asumir como destino la gestión de esta desaparición.

Subrepticamente, el tratamiento que asignamos a las demás especies —todas virtualmente en vías de desaparición— lo asumimos también para la nuestra, pese a nuestra superioridad (o quizás, en función de esta superioridad). En un medio animal saturado, las especies se desisten espontáneamente de vivir. Los efectos inducidos por la finitud de la tierra, que por vez primera están en violento contraste con la infinitud de nuestro desarrollo, son tales que la especie se “switchea” automáticamente hacia el suicidio colectivo, ya sea por violencia externa (lo nuclear), como por violencia interna (lo biológico). Esto quiere decir que como especie humana nos sometemos a la misma presión experimental que sufren las especies animales en nuestros laboratorios. Siendo, todo esto, el resultado de una evolución muy sospechosa del concepto de naturaleza, ya que aquello que en un comienzo era una sustancia ha dejado su lugar a la energía.

El descubrimiento de la naturaleza corresponde a su liberación como

energía y a una transformación del mundo por la energía. Primero, transformación mecánica, luego —hoy en día— interactiva. Después de haber sido sustancia, y luego energía, la naturaleza se ha vuelto sujeto (interactivo). Deja de ser objeto para ingresar de mejor manera en el circuito del sometimiento. Paradoja dramática. Estamos tanto o más involucrados en la medida que dejamos de ser objetos para transformarnos en sujetos. Se nos engaña con este juego desde hace algún tiempo, en nombre de una liberación incondicional ¡no hagamos lo mismo a la naturaleza!, ya que el peligro absoluto reside en el hecho de que en la interactividad erigida en sistema social de comunicación no hay otra cosa que sujeto, y luego habrá sólo sujetos sin objetos, lo que es ciertamente peor. Nada peor que un sujeto sin objeto. Hoy día, todos nuestros problemas de civilización provienen de allí; no ya de un exceso de alienación, sino de una desaparición de la alienación en beneficio de una transparencia maximalista de los sujetos respecto de sí mismos y de los demás.

Situación insoportable, ya que al remitir a la naturaleza el estatuto de un sujeto de derecho, también le estamos remitiendo todos los vicios de la subjetividad, vistiéndola ridículamente según nuestro deseo, con las vestiduras de la mala conciencia, de la nostalgia (de un objeto perdido que, en este caso, no podemos ser sino nosotros) y de las más diversas pulsiones, incluyendo la venganza —como aquella gente que no soporta ser promovida a una condición de sujeto y que reacciona mediante comportamientos de objeto (en particular los niños)—. El equilibrio, del que tanto se nos habla en ecología (*out of balance*), no es tanto el equilibrio de los recursos y de los dispendios planetarios, sino aquel metafísico, del sujeto y del objeto. Ahora bien, este equilibrio metafísico sujeto/objeto está siendo roto en beneficio del sujeto, el que armado con todas las tecnologías de comunicación avanzada ha hecho desaparecer de su horizonte al objeto. Este equilibrio roto exige forzosamente el retorno de las llamas apagadas del objeto. De la misma manera como los individuos responden a la transparencia, a la responsabilidad virtual que les es infligida en tanto sujetos mediante conductas de opacidad, de resistencia, de decaimiento, de delincuencia, de desregulación colectiva, la naturaleza responde a esta promoción forzada, a este chantaje consensual y comunicacional, mediante conductas de alteridad radical, como son las catástrofes, las turbulencias, los sismos, el caos.

Se diría que la naturaleza no se siente verdaderamente responsable de sí misma, ni de nuestros esfuerzos por responsabilizarla. Por cierto, nos resarcimos con una mala conciencia ecológica, y por esta violencia moral intentamos conjurar la violencia eventual de la naturaleza. Pero si le hacemos este mismo regalo envenenado, como el que ya les hicimos a los

pueblos descolonizados (ofreciéndoles un estatuto de sujetos), entonces no nos extrañemos si ésta se deja atrapar en el juego de tomarse por un sujeto, y comienza a conducirse en forma anómala, irracionalmente, con el único propósito de afirmarse como tal. Ahora bien: no hay nada más ambiguo ni más perverso que un sujeto, contrariamente a la ideología rousseauiana subyacente, según la cual la naturaleza profunda del sujeto liberado es esencialmente buena, y la naturaleza misma, una vez emancipada, está dotada de un equilibrio natural con todas las virtudes ecológicas. Sin embargo, la naturaleza es también gérmenes, virus, caos, bacterias, escorpiones, significativamente eliminados de Biosfera 2, como si no debieran existir.

¿Dónde están los pequeños escorpiones mortales, tan bellos y translúcidos, que uno puede ver justo al lado, en el Museo del Desierto, y cuya más leve picadura mágica ejerce posiblemente, en el cuadro de nuestra Biosfera 1, una función superior, invisible pero necesaria, como encarnación del mal, de la inocencia venenosa del azar, de la inocencia mortal del deseo (de muerte) en el equilibrio de los seres vivos?

Olvidaron que aquello que relaciona a los seres vivientes entre sí es algo muy distinto a una solidaridad ecológica, biosférica; algo muy diferente al equilibrio homeostático de un sistema; algo que tiene que ver con el ciclo fatal de la metamorfosis. El hombre, entregado a sí mismo en un universo expurgado, se convierte en escorpión.

En síntesis, no es expurgando el mal que se libera el bien. O mejor dicho, liberando el bien, se libera también el mal. Y en esto consiste la regla del juego simbólico. Nuestro verdadero equilibrio radica en la inseparabilidad del bien y del mal. No debería abrigarse la ilusión de poder separarlos, de cultivar el bien y la felicidad en estado puro y expulsar el mal y la desgracia como desechos. En eso consiste el sueño terrorista de la transparencia del bien, que termina rápidamente transformándose en su contrario: la transparencia del mal.

No hay que reconciliarse con la naturaleza. Curiosamente, todos los presupuestos explícitos o implícitos de Biosfera 2 corresponden a preguntas planteadas en la Edad Media sobre la inmortalidad y la resurrección de los cuerpos. ¿Acaso los cuerpos resucitarán con todos sus órganos — incluidos los sexuales —, con sus enfermedades, sus rasgos distintivos; con todo aquello que hace de ellos seres vivos específicos? Hoy día se podría extender esta pregunta a la resurrección de nuestros deseos, de nuestras carencias, nuestras neurosis, nuestro inconsciente y nuestra alienación;

incluyendo todas nuestras inferioridades, nuestros virus y nuestros delirios. Biosfera 2 responde a todo esto en un simulacro de resurrección ideal, mediante la eliminación de todos los trazos negativos. Nada de virus, nada de gérmenes, nada de escorpiones, nada de reproducción. Todo es expurgado, idealizado, inmunizado, inmortalizado por transparencia, desencarnación, desinfección, profilaxis, exactamente como en el paraíso.

Se trata, efectivamente, de la instalación de una inmortalidad de la especie *en tiempo real*. La inmortalidad del alma, la inmortalidad en tiempo diferido; hace mucho tiempo que ya no creemos en eso. Tampoco creemos en aquella inmortalidad que suponía una transcendencia del fin, un uso intenso de las finalidades del más allá y una operación simbólica de la muerte. Lo que queremos es el fin de la metáfora de la inmortalidad y de la resurrección y su realización inmediata por todos los medios. De hecho, en este fin de milenio hemos vuelto a ser milenaristas. Queremos la inmortalidad, la perpetuidad de la existencia en tiempo real, como antes se deseaba el paraíso en tiempo real, el Reino de Dios en la tierra.

Sin embargo, queremos esta inmortalidad *hic et nunc*, este más allá del fin en tiempo real, sin haber resuelto el problema del fin —cuya resolución en tiempo real es imposible—. No hay fin en tiempo real; no hay tiempo real de la muerte. Esto es un absurdo. El fin se vive siempre en diferido; la muerte sólo se vive en diferido, en su operación simbólica. Resulta de ello que la inmortalidad en tiempo real es por sí misma un absurdo, mientras que la inmortalidad soñada no era tal, sino tan sólo una ilusión. Biosfera 2 es un absurdo. Pero el problema es mucho más general. En el fondo, nada tiene lugar en tiempo real. Incluso la historia. La historia en tiempo real es CNN, es la información instantánea; es decir, todo lo contrario de la historia. En esto consiste nuestro fantasma de superación del fin, nuestro fantasma de liberación del tiempo. El locutor de CNN, encerrado en su estudio del centro virtual del mundo, es el homólogo de sus hermanos de Biosfera 2. Todos existen en tiempo real. El primero en el tiempo real de los acontecimientos; los demás en la sobrevivencia del tiempo real. Y, por cierto, en la misma irrealidad.

La inmortalidad se concibe claramente sólo en un universo estable e inmutable. En un universo en que la garantía divina asegura la eternidad del orden cósmico, el de Kepler. La inmortalidad es como una calidad natural del microcosmos humano, es la prolongación lógica de la continuidad de un orden. El universo no sabría alterarse, puesto que todo proveniría de un decreto superior. Desde el momento en que este orden se fisura, desde el instante en que esta transcendencia se pierde, el orden cósmico, como todo orden humano, emancipado de Dios y de su fin, deviene moviente

e inestable, cae bajo el golpe de la entropía, de la degradación final de la energía y de la muerte. Ya no hay lugar para la buena conciencia de la eternidad y de la inmortalidad. En este orden genético, o en este desorden aleatorio que es el nuestro, ya no hay lugar para el pensamiento final de lo que fuera. Ningún fin es concebible, incluido el de la historia. Estamos limitados a trabajar el más allá del fin, la inmortalidad técnica, sin haber siquiera pasado por la muerte, es decir, por la operación simbólica del fin. El problema del fin se vuelve crucial e insoluble. *No habrá ya más fin*. Entramos en una especie de indeterminación radical. Ya no sólo se pierde el fin, la finalidad trascendente, sino que éste se vuelve contra sí; se pierde convulsivamente, trastornando incluso las causas y el desarrollo. La historia sufre esta misma suerte. Por más que nos esforcemos en olvidar el problema insoluble del fin, o que intentemos sortearlo mediante soluciones técnicas artificiales, el fin no nos olvida.

Feuerbach, en los *Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad*, emprendió la deconstrucción de toda esta configuración religiosa del más allá, de la inmortalidad del alma y de la resurrección. Esta emancipación de todas las supersticiones significa la recuperación por el Género Humano de su esencia perdida. Pero, ¿qué va a hacer el Género Humano desprovisto de toda creencia? O se realiza egoístamente, de acuerdo a un individualismo exclusivo y soberano (Stirner), o se realiza colectivamente, a través de un largo trayecto histórico, como en Marx, o bien se desplaza hacia lo Sobrehumano, por una transmutación de los valores de la especie, siguiendo la vía trazada por Nietzsche, según la cual la especie humana no puede ser librada a sí misma, sino que ésta debe apuntar más allá de sí misma y reencontrar la gran metamorfosis, la del devenir.

Todos estos pensamientos han tenido consecuencias profundas en nuestro mundo. Ninguno de ellos se ha realizado. Todos apuntan a una transfiguración ideal, asignando al género humano emancipado una finalidad soberana, un más allá que no es el de la religión, sino un más allá de lo humano, pero en lo humano; esto es, una superación de su propia condición, una trascendencia adquirida por sus propias fuerzas; una ilusión quizás, pero una ilusión superior.

Nietzsche habló en forma magnífica de la ilusión vital. No de la ilusión de los mundos subyacentes (*arrière-mondes*), sino de la ilusión de las apariencias, la ilusión de las formas del devenir, del velo, de todos los velos que felizmente nos protegen de la ilusión objetiva, aquella de la verdad, de la transparencia del mundo a una verdad objetiva, de la transparencia del hombre a su propia verdad. Esta es la ilusión del sentido, secretada por el hombre cuando se toma por el sujeto del mundo y de la historia. A esto

último sólo se puede oponer la ilusión del mundo mismo, cuyas reglas, misteriosas ciertamente, y por lo demás arbitrarias, son sin embargo inmanentes y necesarias. Contrariamente a la ilusión trascendente de las religiones, el juego de las apariencias es sobrehumano; esto quiere decir que la especie humana no puede acceder a su propia soberanía y a la del mundo sino a través de una transmutación de los valores; de lo contrario queda a merced de todas las supersticiones, incluyendo las más modernas —las supersticiones de la psicología y de la técnica—, y también la superstición de ella misma como especie definitiva. No ya inmortal por la gloria, sino definitiva por el control de la sobrevivencia; por el fetichismo técnico de ella misma; por su domesticación, que es la parodia de la aceptación de su destino, y por una manipulación biológica, que es la caricatura de la transmutación de los valores.

Huelga decir que esta transmutación de los valores ha tenido lugar en el sentido exactamente opuesto al señalado por Nietzsche; *no más allá, sino más acá del bien y del mal*; tampoco más allá de lo verdadero y falso, de lo bello y feo, etc. Transmutación involutiva hacia una indiferenciación, hacia una indistinción de los valores, ya fetichizada en una estética de la pluralidad, de la diferencia, etc. Fetichización no ya de las divinidades, de las grandes ideas o de los grandes relatos, sino de las diferencias mínimas y de las partículas. Es en esto que el fetichismo se ha vuelto radical, mínimo y molecular. Ya no es el fetichismo de una forma, sino de una simple fórmula, subliminal, subhumana. Los límites de lo humano y de lo inhumano se están borrando, no ya hacia lo sobrehumano, sino hacia lo subhumano, hacia una desaparición de las características simbólicas de la especie. *Verklärung des Untermenschen*. Transfiguración del sub-hombre.

En lugar de la transmutación, lo que se está verificando es una transcripción de la Idea, aquella de la inmortalidad, en su operación técnica; transcripción de la especie humana en una especie inmortal y artificial, asegurando por todos los medios su sobrevivencia genérica y genética. Lo que no deja de dar cierta razón a Nietzsche: la especie humana, entregada a sí misma, no sabría hacer otra cosa que redoblar o destruirse. No solamente por la destrucción de su entorno y de su soporte biológico, sino también por la destrucción de su espacio simbólico y, específicamente, de toda ilusión vital, aquella de las apariencias, de las ideas, de los sueños, de las utopías, de las proyecciones ideales, como también por la destrucción de los conceptos y de las representaciones. Y entre estas representaciones, la de la muerte y la del cuerpo, que se desvanecen más y más en razón de la operación inmediata de todo ello en el lugar de su operación simbólica. Entonces, lo que ocurre es una destrucción por actualización incondicional

de todo lo que hasta aquí no era más que un sueño, un mito, una idealidad, una apariencia, y que, destinado o no a permanecer, formaba parte del equilibrio simbólico de la vida y de la muerte.

Esta desdiferenciación (*dédifférenciation*) de lo humano y de lo inhumano, esta reabsorción de la metáfora de lo viviente en la metástasis de lo sobreviviente opera mediante la reducción progresiva al más pequeño denominador común. Es decir, que a nivel de los genes, del genoma y del patrimonio genético, los signos distintivos de lo humano se borran. De todos modos, ya no tienen ningún valor simbólico; sólo poseen un destino funcional. Ya no más transfiguración, ya no más metáfora, la inmortalidad se desplaza hacia el lado del código (biológico y genético). El único índice inmortal que perdura, el único trazo que se immortaliza en la materia viviente es el movimiento perpetuo del código, la eternidad metonímica de las células. Por todas partes, la generación por la fórmula, algebraica, genética, se ha sustituido al juego y al destino de las formas. Lo peor es que los vivos generados por la fórmula no sobrevivirán a su propia fórmula; desde el comienzo son muertos-vivos.

Paradójicamente, es la irrupción de la biología, es decir, de la ciencia de lo viviente, la que marca esta irrupción de lo no viviente, el fin de la trascendencia de lo viviente sobre lo no viviente. Del mismo modo que la irrupción de la psicología marca el fin de la trascendencia del alma en beneficio de una deconstrucción analítica del universo interior. Del mismo modo, también, que la irrupción de la ciencia anatómica marca el fin del cuerpo y de la muerte como metáfora y su ingreso a escena como realidad y fatalidad biológicas. Digo bien: “ingreso a escena”, en el teatro de la verdad objetiva, en que se representa la *confusión, por defecto*, de lo humano y de lo inhumano, de lo viviente y lo no viviente, del sexo y lo no sexuado. En cambio, en la otra escena, la de la ilusión, la de las formas radicalmente diferentes de la verdad objetiva, se representa la *transfiguración, por exceso*, de lo humano por lo inhumano, de lo viviente por lo no viviente, del sexo por lo no sexuado.

El humanismo original, el de la Ilustración, se funda en las cualidades del hombre, sus virtudes, sus dones naturales, su esencia, conforme al derecho a la libertad y al ejercicio de éste. El humanismo actual, tal como está consagrado por la novel extensión de los derechos del hombre, se aferra a la conservación del individuo y del hombre en tanto especie. (En un caso la inmortalidad es una virtud, en el otro es sólo un derecho de conservación). Pero de pronto, los derechos de lo humano se vuelven problemáticos, ya que plantean la cuestión de los derechos eventuales de las demás especies, de la naturaleza, etc., respecto de los cuales es preciso

tener una definición. Ahora bien, ¿tiene la humanidad algún derecho sobre su propio genoma? ¿Qué quiere decir para una especie tener derecho a su propia definición genética y, por tanto, a su eventual transformación genética? Compartimos el 98 por ciento de nuestros genes con los monos, el 90 por ciento con las ratas. ¿Cuál es el derecho que corresponde a este patrimonio común? Por otra parte, el 90 por ciento de los genes del genoma humano parece no servir para nada. ¿Vamos a reivindicar esta parte ciega y sin destino aparente? Desde el momento en que lo Humano no se define ya en términos de libertad y de transcendencia, sino en términos de genes, la definición del Hombre se borra, y por tanto, la del humanismo.

La línea de demarcación de lo humano se hace cada vez más flotante en la medida que uno penetra en lo biológico, en los arcanos moleculares de la biosfera. Si el humanismo occidental se ha visto amenazado desde el siglo XVI por la irrupción de las demás culturas, en el presente, el cerrojo que salta no es sólo el de una cultura, es el de la especie: desregulación antropológica y desregulación simultánea de la ética y de todas las reglas morales, jurídicas, simbólicas, que eran propias del humanismo.

La trascendencia virtual del hombre, distinta de su cuerpo mortal, se evapora en el filo de su genio genérico. La determinación, o más bien, la indeterminación, se vuelve inmanente en la inscripción del genoma y su manipulación. ¿Se puede todavía hablar de alma y de conciencia en la perspectiva de los autómatas, de las quimeras, de los clones que reemplazarán a la especie humana? ¿Es posible todavía hablar de inconsciente en una perspectiva de definición genética del hombre? Incluso la inmortalidad del inconsciente, cara a Freud, está seriamente amenazada. No sólo el capital individual, ontogenético, sino el capital filogenético de la especie está amenazado por esta evaporación de los límites de lo humano, no ya en lo divino, sino en algo que está más allá de lo humano y de lo inhumano, en la simulación genética de lo viviente.

Los dioses, el alma, la inmortalidad, todo esto que ha tomado el nombre de superstición o fetichismo era todavía una extrapolación espiritual, metafórica, de las facultades del hombre, involucrando incluso el cuerpo como metáfora de la resurrección. Artefactos, ciertamente, pero inmatrimales, que conservan su fuerza proyectiva al mismo tiempo que el poder y el juego de la ilusión. En cambio, con la biología y la genética nos situamos en la materialidad pura, en la simulación material de seres objetivamente inmortales, compuestos de elementos nucleares y en posesión de un código genético intemporal.

La artificialidad no es ya la de un fin diferido, es la de una prótesis;

fetichismo *literal*, en el sentido que es el fetichismo de la literalidad de lo mismo y de su reproducción. No se trata de una prótesis imaginaria, de la superstición de un alma supratemporal, sino de una prótesis material; simulación bastante más destructiva que la ilusión del alma.

Finalmente, la ilusión misma del cuerpo, el juego de las apariencias del cuerpo es aniquilado en la simulación de las funciones de lo viviente; las apariencias son volatilizadas por la transcripción genética. Otra ilusión vital desaparece, la del pensamiento, que se suprime en la transcripción automática de las funciones del cerebro, en la instrumentalización de las facultades mentales, en el fetichismo de la inteligencia artificial.

Hay varias formas de muerte: una forma diferenciada, dual, trágica, ligada a la sexualidad en el destino de los mamíferos superiores, que de alguna manera corresponde a la forma sexuada de la muerte. Y está la forma asexuada, indiferenciada, estadio recesivo que remite al estadio molecular y protozooario de los seres vivos, a su desaparición sin ambages, sin otra forma ni destino.

En los campos de concentración, más que la vida era la muerte lo que se exterminaba. Los detenidos eran desposeídos de su muerte; más muertos que muertos, desaparecidos. Pero hay otras formas de exterminio. Se puede también exterminar la muerte creando *procesos de vida indestructibles*. Es lo que hacemos cuando intentamos captar la inmortalidad en los procesos anatómicos, biológicos y genéticos. Aparejados sobre sus formas indiferenciadas, ya sea por la autonomización definitiva de sus múltiples funciones, ya sea por una reducción a los elementos más simples, los procesos de vida se vuelven indestructibles, y es por el automatismo de estos procesos indestructibles que exterminamos la muerte con dulzura.

Es a esta forma de vida inmortal, a esta nostalgia de una perfecta contigüidad de lo viviente y de su encadenamiento molecular, que Freud remitía el instinto de muerte. Y es a esta especie de inmortalidad que estamos remitidos hoy día como a una ausencia de destino; inmortalidad negativa de lo que no puede tener fin y que por eso mismo se reproduce indefinidamente.

Esto connota el tránsito de una inmortalidad clásica, cuya representación era aquella de la estabilidad, de la inmovilidad, de la inmutabilidad —signos de eternidad o de grandeza—, hacia una inmortalidad moviente, funcional y moderna, que reside de alguna manera en la circulación, en la aceleración, en la supraconductividad. La eternidad es la de las redes, e incluso la memoria, las memorias almacenadas son hoy día supraconductoras. La inmortalidad ya no está ligada a los sólidos sino a los fluidos. Se define de manera puramente negativa: radica en el hecho que la

www.cepchile.cl

muerte, el acontecimiento de la muerte, ya no puede tener lugar, puesto que todo se encadena por contigüidad, metonimia, y no ya por metáfora y trascendencia. La muerte es en cierto modo un acontecimiento vertical de ruptura y verticalidad; como la locura, ruptura vertical y trascendencia. Pero hoy día ya no tenemos que enfrentarnos con este tipo de muerte y de locura. La muerte se ha vuelto una muerte horizontal, por diseminación y dilación; la locura también se ha vuelto inmanente y horizontal, incorporando a sus redes el atochamiento de los circuitos autorreferenciales, el autismo, en lugar de la alteración radical que constituía la locura trascendente. Ahora bien, esta horizontalidad, esta contigüidad, no deja lugar a un más allá que podría ser aquel, metafórico, de la inmortalidad; da lugar a una proliferación autista de las células, como en el cáncer (que es una forma de anomalía específica, pero lógica, de las células, que desean cada una por su lado inmortalizarse por repetición).

En otro tiempo el hombre se creía inmortal; pero no lo era. O más bien, en secreto, dudaba serlo; si no, no hubiese tenido necesidad de creer en ello. Hoy día no creemos ser inmortales; pero es justamente por esto que estamos volviendo a ser dulcemente inmortales sin saberlo, sin querelo, sin creerlo, por el simple hecho de la confusión de los límites de la vida y de la muerte. Inmortales no ya según el alma, que ha desaparecido, ni según el cuerpo, que está en vías de desaparecer, sino según la fórmula. Inmortales según el código; es decir, seres para quienes no habrá ya más muerte, ni representación de la muerte, ni tampoco, que es peor aún, ilusión de la muerte.

En su acepción clásica, gloriosa, la inmortalidad es la cualidad de lo que ocurre más allá de la muerte, de lo superviviente. En su versión contemporánea es una cualidad de lo sobreviviente; es decir, de lo que ya está muerto, y que por esta razón se vuelve inmortal, pero ya no de la misma manera. Ya no es una cualidad fatal, sino la condición banal de lo que ya no está amenazado de morir, puesto que ya está muerto, de lo que ya no tiene fin, puesto que atravesó sus propios fines, más allá de sus posibilidades, en *hypertélie*, que es el coma superado.

Esta inmortalidad es el peor de los destinos, ya que la muerte era la más bella de las conquistas del hombre. La muerte subjetiva, la muerte dramatizada, la muerte ritualizada y conmemorada, la muerte buscada y deseada: por ella el hombre se distingue de todas las demás especies protozoarias o sexuadas, dotadas por esta razón de una inmortalidad natural, que comparten con los dioses, cuya figura inmortal es primero animal y no humana.

El problema es saber si no estamos volviendo, por la extradición de

la muerte, a esa inmortalidad primaria, más allá de todas las peripecias religiosas y espirituales, más allá de toda creencia. ¿Acaso no estamos, mediante todas nuestras técnicas, volviendo a una eternidad de hecho (clónica, metastásica) que era el destino anterior de lo inhumano? Simplemente, esta inmortalidad funcional, en vez de producirse en un mundo subyacente (*arrière-monde*), que tenía la ventaja de ser *otro mundo*, se desarrolla en este mundo de aquí, el nuestro, que se ha convertido en nuestro propio mundo subyacente. La desaparición de los límites de lo humano e inhumano, de los límites de la vida y la muerte, ha convertido definitivamente nuestro mundo en un mundo subyacente, puesto que ya no hay alternativa en un mundo real, ya que éste es el mundo real; mundo real que se ha convertido en el lugar por excelencia de la superstición total.

Esta compulsión de inmortalidad definitiva, constituida tanto por la travesía más allá del fin, como por la imposibilidad de terminar con dicha travesía, gira en torno de una locura singular, que es la locura de aquel que ha alcanzado su objetivo. Locura de identidad, locura de saturación, de completud extrema, de sobrecarga. También de perfección. Ilusión mortífera de la perfección: como esos objetos en los que el desgaste, la muerte y el envejecimiento han sido erradicados por la técnica. Como el disco compacto, el láser, que no se gasta, incluso si se le usa. Es terrible. Es como si jamás lo hubiésemos utilizado. Es como si nosotros no existiéramos. Los objetos no envejecen a nuestro contacto porque nosotros somos los que estamos muertos.

No sabría ilustrar mejor esta locura sino mediante una ironía: el cuento del hombre que se pasea bajo la lluvia, con su paraguas bajo el brazo. Cuando se le pregunta por qué no lo abre, él responde: “No quiero sentir que estoy en el límite de mis posibilidades”. Todo está allí. Ir hasta el extremo de las posibilidades es el contrasentido absoluto. Es entrar en la inmortalidad, pero en aquella de la totalización, la adición y la repetición de sí mismo. Paradojalmente, ir al extremo de las posibilidades es todo lo contrario de saber poner fin. Emplear los propios límites es no poder disponer del fin. Es la abolición de la muerte como horizonte vital. Es perder la sombra. Es también la imposibilidad de saltar por sobre la sombra. ¿Cómo saltar sobre la sombra si no se tiene ninguna? Dicho de otra manera, si se quiere vivir, está prohibido ir al extremo de las posibilidades.

Ahora bien, es el ideal que se nos propone por todas partes, a través de las técnicas de maximización de sí mismo, de chantaje al desempeño, de realización incondicional del ser humano como programa. Programación, en suma, de todas las variantes genéticas, biológicas, profesionales,

www.cepchile.cl

existenciales, del individuo. ¡Ir al extremo del programa computacional, al extremo de la banda magnética! Lo que se alcanza por esta vía es la inmortalidad de hecho, por el simple olvido de la fórmula para detenerse. Inmortalidad horizontal, por aceleración y por inercia, por agotamiento de las posibilidades, donde ya no interviene el corte vertical de la muerte. Es un fantasma de muerte que no deja otra alternativa que la caída y el desmoronamiento. ¿Qué nos preservará de este frenesí de los límites, de esta voluntad de abolir el horizonte como línea de fuga perpetua, como línea virtual que debe quedar virtual, pero que estamos justamente hoy día atravesando hacia ese “horizonte de los acontecimientos” más allá del cual nada llega, nada tiene sentido? Ni la luz se escapa a ello.

El campo intelectual también funciona como sistema de rotación de los cultivos, de terreno sin cultivar y de tierra en barbecho. Teme mortalmente el desarrollo de todas sus facultades. El pensamiento es lo que pone freno a las ideas, las que tienden a desplegarse sin freno y a ocupar todo el espacio. Las ideas proliferan como pólipos o como algas, y mueren asfixiadas bajo su propia vegetación lujuriosa. Hay un horizonte de las ideas como hay un horizonte de los acontecimientos: el de su realización mortífera, el de su realización incondicional. El pensamiento se escapa en el vacío.

La Historia también ha ido al extremo de sus posibilidades. Por eso, no puede sino hacer un movimiento de retorno o reiterarse. No ha logrado escaparse en el vacío. Por eso se ha vuelto interminable, no dejando lugar sino a una inmortalidad negativa.

Lo mismo en lo social: se ha querido extraer todo lo social, expresar todo lo social, arrancar todo lo social. Se ha querido *realizarlo*, quitándole toda dimensión metafórica. Ha sido su muerte por efusión, por dilución en lo real, por extinción de su idea en lo real.

Es un contrasentido absoluto alcanzar lo real, la inmortalidad de lo real, la realidad de lo social. Por todas partes, el fin de la metáfora, el derrumbe de la metáfora en la realidad, la realidad incondicional de todas las metáforas señala el crepúsculo de la idea y el rechazo a la muerte en la consumación mortífera.

De este dar muerte a la metáfora, al sueño, a la ilusión, a la utopía, a través de su realización incondicional, de esta realización incondicional de toda idea, de toda trascendencia por su operación material, Canetti da un ejemplo asombroso con la bomba atómica. Dice que con Hiroshima y la explosión nuclear los hombres han puesto fin al sol captando la energía y materializándola sobre la tierra. Han puesto fin a la ilusión del sol y a su

mito imitando la violencia de su luz y materializándola sobre la tierra en su expresión radical.

Lo real es, en efecto, la última posibilidad de la metáfora; pero no se le debe consumir, bajo pena de muerte, bajo pena de perder su potencia metafórica, su poder de ilusión. Como en el cuento que he mencionado, hay que guardar el paraguas bajo el brazo —metáfora de la última oportunidad— y no abrirlo bajo ningún pretexto. “Todo éxtasis prefiere finalmente el camino de la renuncia antes que pecar, contra su propio concepto, realizándolo” (Adorno).